

Todo va mal

Por JOSÉ A. MARTÍNEZ

NOS PIDE LA REDACCIÓN de *La Veiga* que redactemos, a nuestro escaso entender, la página agrícola para la revista de 1994.

La idea, lejos del ánimo de nuestros amigos, nos suena, de entrada, a rancia sección del ABC. Es absolutamente desmesurado y, por lo tanto, desechable, el intento de compendiar en dos folios todo un año prolijo de noticias agroganaderas. Ello es labor de periódicos y revistas especializadas. Y como aquí no se trata de sentar cátedra en ningún tema puntual, con la venia de la redacción, lo aconsejable será meditar confusa y brevemente sobre el campo y sus pacientes.

Decimos pacientes con toda intención. El campo, a parte de los optimistas y nunca creídos datos de las diversas Administraciones agrícolas, sigue siendo el valle de lágrimas a que fueron condenados, desde Adán para acá los más incompetentes. Es creencia popular y no hay Dios que se la quite de la cabeza.

Ya puede ponerse la leche a 60, la remolacha a 10.000, las patatas a 80... Ya pueden verse casas de agricultores como mansiones de culebrón. Ya puede despilfarrarse en exceso de caballos a vapor o en kilogramos de aperos en las eras o plazas públicas. Ya pueden llover Ecus a cántaros desde el cielo de Bruselas... TODO VA MAL, muy mal. Mejor dicho, aquí todo va SIEMPRE mal.

Los culpables de este desastre eterno está, desde luego, faltaría más, muy claro quienes son. Por este orden. Primero: Esa gocha entelequia llamada política. Segunda: Los socialistas, por ahora. Tercero: Los almacenistas, por siempre.

Y ¿los agricultores? pregunta cándidamente el cínico. ¿Los agricultores? Pobrecitos, pero si son unas víctimas, bastante tienen para ellos, pobres, pobres. ¿A qué mente enfermiza se le puede ocurrir que los agricultores, tan maltratados por la fortuna de los hombres, pueden ser culpables de algo? Por supuesto, la inocencia de los agricultores se remite a no pintar nunca nada; más/menos lo que un monigote el 28 de diciembre. Así de crudo.

Quedaríamos como un San Isidro sumándonos al coro de plañideras que termina siendo las reuniones de hombres de campo (que nos den agua, que nos den más subvenciones, que nos den concentraciones, que nos bajen las rentas, que no dejen trabajar a los pensionistas, que no les dejen plantar choperas, ... que salga el sol o que llueva, ¡qué panorama más andrajoso!), pero no vamos a contribuir a la expansión del caramelo de la complaciente estupidez, ese otro opio del pueblo.

El campo, por las referencias históricas y eco-

nómicas que tenemos ni va tan bien como quisieran sus propios pacientes, ni va tan mal como dicen los mismos. Va. Va donde y como las circunstancias del resto de los sectores lo llevan. Salvo honrosas excepciones el campesinado español jamás ha tomado la iniciativa de su propio destino, de sus propias metas colectivas. Todo cuanto han alcanzado, —cada cual que le dé gracias al santo o político/militar preferido— ha sido debido a la pedrea que la Fortuna va repartiendo. ¿Acaso los agricultores no hemos sudado como bestias? A mares. ¿Y qué? También las mulas a la noria sudaban el pellejo; sin embargo las mulas no han tenido la capacidad de raciocinio que, presuntamente, tenemos los humanos para transformar la sociedad y el mundo. El campesinado, por más que nos pongan el Corte Inglés a 40 km. aún no se ha sacudido el complejo de siervos de la gleba. Y si no se lo ha sacudido a estas alturas, da que pensar si no es que le ha cogido gusto.

Dice el extremeño, D. Manuel Pacheco que «nunca se ha vivido como se muere ahora»; en cuanto toca al campo esto es más cierto que una helada en enero. Por mor de los exiliados de los años 60/70 (los llamados bastamente «desertores del arao»), del despegue industrial de estos mismos años que permitió un incremento en el consumo de productos agroganaderos e implícitamente la subida de precios de los mismos, el proteccionismo del sistema franquista hasta la crisis del petróleo y después el paraguas del la Comunidad Europea; por mor fundamentalmente de estas variables socioeconómicas nuestra agricultura meseteria tiene un nivel de vida y hasta de muerte digno.

Cabe entonces preguntarse: ¿a parte de los ríos de sudor animal y del derroche de energías que el personal gasta en darle al «cante jondo» por las esquinas, aquí se ha hecho algo, no ya sólo por conseguir lo que se tiene, si no por alcanzar lo que será necesario cuando el ciclo del sistema capitalista se agote?

El campo... ni va tan bien como quisieran sus propios pacientes, ni va tan mal como dicen los mismos.

Cuatro cuestiones, no más: ¿existe en nuestra provincia, por no ir más lejos, cualquier indicio del nivel de identidad profesional de que disponen los agricultores franceses en la lucha y defensa de sus intereses, con esa extrema ferocidad y claridad de objetivos? ¿Se ha desarrollado algo parecido a las redes comerciales cooperativas para las compras, producción y ventas de que disponen los valencianos, riojanos o italianos? ¿Nos suena de algo la capacidad de promoción, investigación y distribución que poseen belgas, alemanes y holandeses; por ejemplo la NIVAA, oficina de promoción y explotación

Regla de Finagle. No crea en milagros, dependa de ellos.



de patata holandesa? ¿A alguien que no sea un lunático, del que por supuesto habría que mofarse, se le ha ocurrido pensar que el medio en el que y del vive puede ser fuente de ingresos notables sin que tengan que provenir de la agricultura o la ganadería, como hacen navarros, ingleses o catalanes?

el campesinado vota y revota a las ideas conservadoras, las mismas que predicán el fin del Estado...

Y aquí es cuando al salao de los brazos cruzados se le ocurre: «eso es agricultura ficción. Pura teoría/tontería». Ese tipo, al que sólo le cabe una idea bajo la visera, y que abunda tanto ¿tendrá razón? Hoy, sí. Mañana, no.

Mañana cuando la ubre de la PAC se vaya secando, porque se secará —las primeras tetas la próxima campaña—; cuando los inversores europeos se hagan hasta con las ligas de las secretarias de nuestras más gloriosas empresas agroalimentarias: SGA, ELOSUA, CARBONELL, PASCUAL, HNOS, LESA, LARSA...; cuando flojee el sistema de pensiones, que flojeará (en una aproximación a vuela pluma se puede colegir que anualmente a través de las pensiones de la Seguridad Social en un pueblo como Santibáñez de la Isla se ingresan por este concepto del orden de 80 millones de pesetas, por sólo 10 más provenientes de la actividad agroganadera); cuando tiemble el reparto de los fondos interterritoriales, el sistema de cuotas, los programas de ayudas para acercar los niveles de renta entre los europeos; cuando los hijos de cocacolandia (tradúzcase por USA) den otra vuelta más a los GATT y digan que trigo, sorgo, maíz y mijo a 14 «pelas» que para eso está así en el bazar mundial; cuando aquí nuestros más ilustres patriotas vendan al europeo desde la tienda de al lado hasta los nuevos regadíos de Riaño —porque hay que tener en cuenta que por estos pagos se estila abundantemente eso de llevar la bandera en la billetera—; cuando todo esto termine de suceder, a lo peor el campesinado leonés, para entonces, ya ha aprendido a silbar y los problemones que suscita nuestra floripondiada agricultura (que si los 115 CV del Ford, que si el «fito» allá a lo menos 22 cm., que si los 14,3 grados de riqueza polarimétrica, que si a 10.000 kg/ha. de azulón...) será un buen guión para D. Luis Berlanga.

Mientras tanto el respetable aprovecha la bonanza de los años en curso y sueña, mejor delira con la andorga llena y la cabeza vacía. No obstante, el leonés, como buen vitalista, a base de palos, está lleno de esperanzas;

aquello de «dios proveerá». El problema de estos tiempos tan laicos es que se le llama Dios a cualquier cosa, principalmente a los Presupuestos del estado.

Aparte de consideraciones anímicas, se nos hace enorme curiosidad la fe que el paisanaje deposita en el Estado. Por ejemplo es frecuente en las tertulias de café, e incluso entre las mentes más iluminadas —los que andan enchufados a 220 v.—, que el fin de todos los males del MUNDO RURAL se terminarían poniendo el Gobierno unos precios agrarios justos. Es decir, a lo que últimamente aspira toda la mediocridad patria, convertir a los agricultores en funcionarios de al aire libre. El dicho en sí no resiste el menor rigor, pero detrás de esta gilipollez se esconde un contradicción largamente extendida que da cuenta de la falta de juicio en el colectivo agrario. Siendo como es que el campesinado de la meseta norte vota y revota a las ideas conservadoras, las mismas que predicán el fin del Estado, la privatización de la sanidad, las pensiones, la educación... Por otro lado exigen que estos mismos les cobijen como gallina guarna, algo, que en buena lógica deberían pedir a D. Julio Anguita y alumnos. Se vota la desaparición del Estado, y que cada cual se las apañe como pueda, con la misma alegría que —sin saberlo—, se exigen prestaciones que sólo los regímenes de economías planificadas, o sea los comunistas, contemplan. Gran paradoja, fruto del embarre mental y los bajos intereses de la tripa.

Y una última curiosidad. La actualidad de los comentarios está sembrada de corrupciones allá por donde uno vaya. Parece que lo que es un vicio ancestral haya cogido por sorpresa a todo el vecindario. Y por supuesto, salvo en las esferas de lo público, nadie se da por aludido. Da la impresión de que en las clases de bajo poder adquisitivo, como se llama ahora a los que no se pueden comprar un yate, ha pasado repartiendo bendiciones el incorrupto brazo de Santa Teresa. Como aquí



El buen nombre de Santibáñez por los suelos

nadie realiza la venta de lo que puede en dinero negro para no tributar. Como con los cheques gasóleo aquí no se ha pagado hasta la calefacción de la tía/abuela. Como cuando se van en las noches del fragoroso invierno de cocina en cocina pagando ese impuesto revolucionario llamado rentas, nadie va con el fajo del uno encima de otro. Como no hay ningún pensionista, mediopensionista, pensionista por adelantado o por partida doble —tan amplia es la especie— que sigue currelando con más ahínco que antes de ir a la mili. Como no hay ningún apuntado al paro que brega más que un hijo bobo. Como cuando se solicita una ayuda al «Estado» no se inflan las facturas a reventar. Como no suele haber ningún fraude en las declaraciones de la PAC (de momento, en honor a la verdad, no ha aparecido ninguno que supere los 100 millones de pesetas)... Y así hasta el día de San Silvestre.

Con datos estimativos recientes, el sector agro-ganadero español maneja en economía sumergida del orden de 3 BILLONES DE PESETAS. De todo ello se extraen dos conclusiones que no por repetidas y demostradas terminan de hacerse verdades —es comprensible que no interesen, se caerían demasiados tópicos—: el agricultor leonés, como la mayor parte de los españoles todos, es defraudador, antisolidario y, para lamento de los que se creen con el cielo ganado, hipócrita. Segunda conclusión: la clase política democrática, que no es sino la quintaesencia de sus electores y dejando a parte sus aptitudes o ineptitudes, está compuesta de hombres y mujeres mucho más honestos y filántropos que el resto de la ciudadanía. Lo que no podía por menos de suceder

en nuestra sociedad, como en todas las sociedades fari-seas, cuando se descubre la verdad, el primero que se rasga las vestiduras es quien más tiene que ocultar. Menos cuentos y al César lo que es del César.

Por todo lo expuesto se deduce que, aunque la mayor parte de los agricultores continúen con la matraca del todo va mal, a nosotros se nos antoja, sin tratar de enojar a ninguna madre Teresa de Calcuta de los desheredados, que en realidad la realidad va. Va, que no es poco. La cuestión fundamental es ¿quién maneja mi barca? Porque en contra del sentir mayoritario, las cartas no están tan marcadas como parece y el que cada cual se erija o no en dueño de su destino es la clave, individual y colectivamente. El futuro es cuestión de inteligencia. Gracias a esta facultad, nuestros padres los griegos, inventaron la civilización que nos ha llevado al día de hoy. Mientras ponían los cimientos de la ciencia y la cultura, sus contemporáneos se dedicaban a tomar la sopa boba del mamut. ¡Oído cocina!

...y lo cierto es que no por mucho repetir ha amanecido más temprano.

Para terminar, no se escandalice nadie; con estas líneas no pretendemos ni inventar la civilización, ni siquiera las «estrébedes». Esto no es sino un recuerdo para los tres o cuatro lectores que han llegado hasta aquí y que, por supuesto, ya sabían cuanto se ha expuesto;

como también sabían que lo de clamar en el desierto es un deporte de lo más oxigenante que suele hacer dormir mucho más placenteramente a los que no tienen mejor cosa que hacer.

Nadie piense que en el ánimo de quien esto escribe está intentar remozar el mundo. No está el mundo por tanto sentido común. Desde siempre, desde que un hombre supo leer lo que otro había escrito, estas líneas se vienen repitiendo sin cesar (Alfonso X, El Arcipreste, Quevedo, Jovellanos, Unamuno, Joaquín Costa, Azcárate...); y lo cierto es que no por mucho repetir ha amanecido más temprano.



Cosecha de remolacha en *Las Llamacinas*

